



## EL REY DE LA CASA

—¡El rey de la casa!

El niño miró a sus padres con displicencia, a sus hermanos mayores con sorna y con desprecio a sus abuelos. Escupió en dirección de la vieja criada que había dado sopas a tres generaciones de la familia. Todos bajaron la vista respetuosamente. Y el niño pasó con cruel majestad entre sus súbditos voluntarios y fue a sentarse en el sillón que el padre había abandonado precipitadamente: la última vez que se descuidó, una patada en la espinilla le recordó quién era el rey de la casa.

—Ezta zopa es un azco. No guta...

La autora se encogió medrosamente, mientras todos la miraban con odio. Ella sabía lo que debía hacer: tomó el plato de sopa y se lo bebió con tropezones y todo. El rey de la casa sólo se rió un poco porque la sopa no tenía almejas, como la otra vez.

Luego le fueron presentando platos con humildad, haciéndole alabanzas de cada plato, halagando su buen gusto, del que siempre había dado muestras.

—Ete zí, ete no, ete zí guta, ete no guta. Ete caca...

Una palidez de muerte apareció en las caras de toda la familia. «Ete caca»

era un juicio durísimo, que se pagaba caro. Una sentencia inapelable que habría que ejecutar cuando se concretara. Y entonces el niño, trapaleando las palabras, con su media lengua y su balbuceo, estableció la pena: la cocinera era condenada a azotes y decapitación sin auxilios espirituales. La madre cayó de rodillas ante el rey de la casa:

—¡Por favor, piedad, Cristobalín! ¡Perdóname, hijo mío, perdona! ¡Te he llevado en mis entrañas y soy tu madre!

—Tú, mañana, mañana.

La madre se derrumbó: la apelación había sido rechazada. «Haz acto de contrición Manuela» dijo el marido entre sollozos. Luego tomó la cuchilla de afeitar para ejecutar la pena y el abuelo, con las manos temblando, se quitó su ancho cinto de los cazadores de Africa. El niño contempló la ejecución de la sentencia sin pestañear, y al final, con todo chorreando sangre, levantó la sesión:

—Mi... miedda. Caca. Mi... miedda.

Y se retiró a sus aposentos a descabezar muñecos, destripar coches y machacar delicadas figuras de porcelana. Era, él, el rey de la casa.

AEMILIUS

